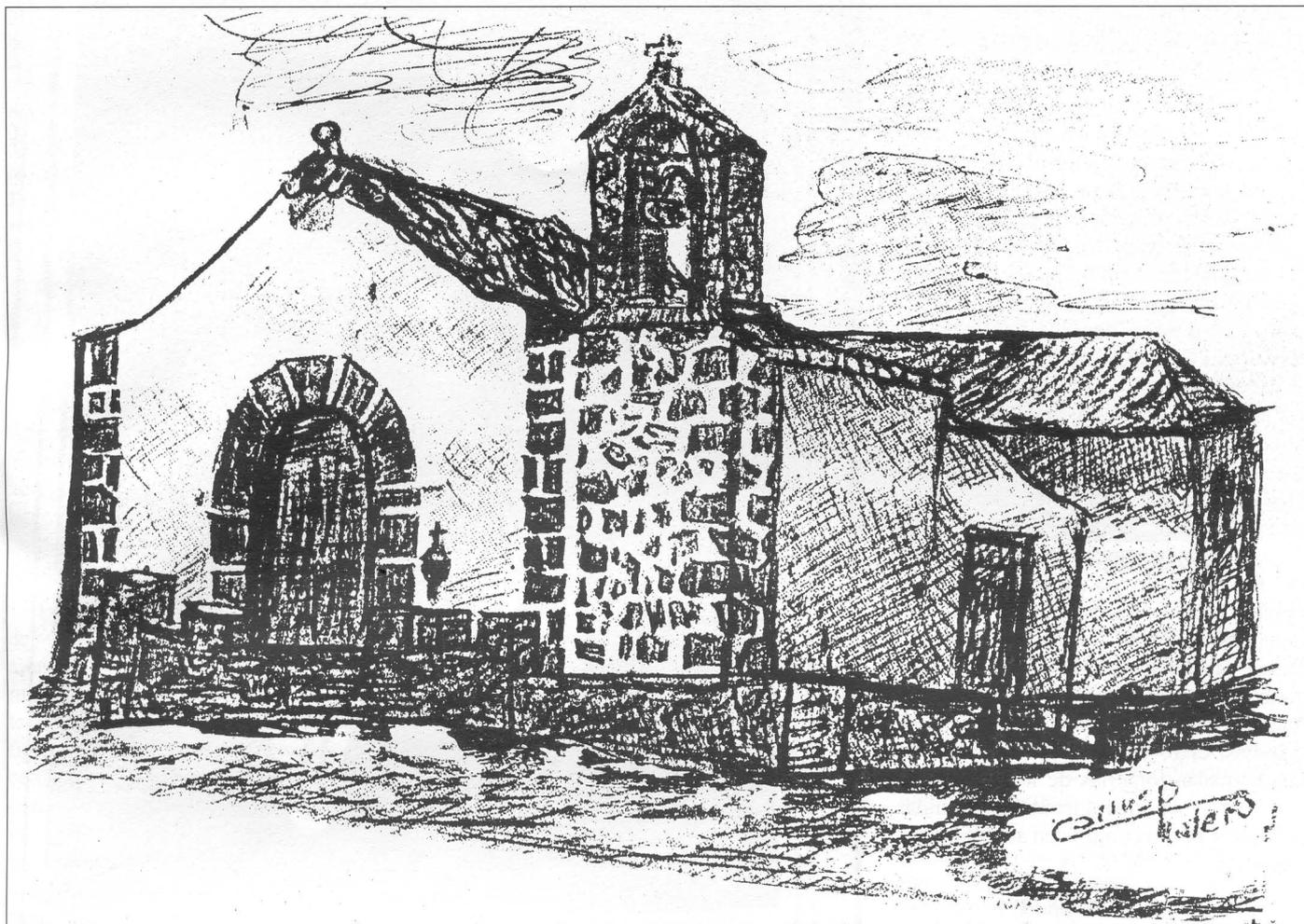


# LA ERMITA DE SALVAGO



*La ermita de Salvago, en Tafira*

Las ermitas canarias fueron en el pasado, y las que aún perduran lo son, por lo general de construcción simple, de una sola nave, de no muy grandes dimensiones tanto en su planta como en su alzado y, casi siempre, con techo a dos aguas recubierto de tejas, aunque en algún caso también con tortas o tostas de barro, descansando sobre andamiajes de cañas o maderas delgadas entrelazadas. Y en el interior, con presbiterio de una sola grada, en algún caso una o dos ventanas angostas laterales y siempre fachada de lienzo liso en el que se abre la puerta de acceso, sobre la que a veces se localiza el modesto campanario, por lo común de espadaña y de escasa altura, en el que se aloja y sustenta pequeña campana bronceada de más o menos cantarines sonos, rematado el conjunto por una sencilla cruz de madera o de hierro, por lo general toscamente forjado. En algunos casos el campanario de sencilla traza está adosado a la fachada, con la particularidad de que antaño, el teñido o campaneo se efectuaba desde dentro de la ermita por medio de una cadena o una cuerda.

En el exterior de la edificación, en la fachada y a veces en el mismo interior a lo largo de las paredes laterales, suele

haber unos asientos de cantería adosados y corridos.

Por lo general, la mayoría de las ermitas canarias se levantaron sobre una estructura primaria de cuatro esquinas de cantería, siendo también de cantería o de sillares los marcos de puerta y ventanas y lo demás, de mampostería.

La obra de mampostería o argamasa compuesta de arena o picón, piedras y tierra, adobada la mezcla con barro, era luego revocada con capas superpuestas de cal y arena y enjalbegada asimismo con la blanca cal tan abundante en estas islas. En cuanto para las puertas, ventanas y techumbres formadas por un modesto artesanado en un remedo reminiscente más o menos simple o preciosista del arte mudéjar andaluz, se hizo uno casi con exclusividad de la madera extraída del pino canario, comúnmente de su parte interior más resinosa, conocida como la tea, rojiza, dura y compacta y muy duradera puesto que hasta el fuego y otros agentes desgastadores naturales externos cuales las lluvias y los vientos, siempre ha ofrecido gran resistencia.

En los techos de las ermitas también se aplicó a veces una especie de torta compacta hecha de tierra, barro y paja

amasados y extendida sobre tupida urdimbre de cañas, palos y listones de madera, pero la mayoría de las veces se cubría el andamiaje del techo con las curvas y rojizas tejas que para tal menester se fabricaban en las tejeras isleñas o eran importadas de lugares de fuera de las islas cuales la comarca sur de Portugal.

Como más arriba se ha indicado, parece que en las ermitas isleñas apenas si se utilizó la sillería labrada para dinteles, umbrales y alféizares, pero sí la cantería gris, azul, rosada o rojiza, características todas ellas de las canteras abundantes en el país.

Ermitas modestas y sencillas, de humilde traza comúnmente; de un original encanto ya peculiar en el paisaje isleño en el que se enmarcaron y al que acabaron singularizando. Todas, salvo excepciones, muy parecidas entre sí en sus construcciones, plantas y alzados y fabricadas con materiales locales la mayoría, por albañiles, canteros y carpinteros nativos, si acaso en alguna ocasión bajo el mando y dirección de los maestros del ramo que trabajaban en construcciones religiosas o civiles por las ciudades y pueblos más importantes del archipiélago. Sin grandes alharacas de estilos arquitectónicos determinados, aunque sí con

reminiscencias claras de lo mudéjar llegado a Canarias poco después de la conquista de las islas e incorporación a la Corona de Castilla. Ermitas que, las que todavía subsisten, atraen precisamente por su pulcritud y sencillez.

Estas ermitas, en algún caso simples oratorios particulares en principio, estuvieron siempre condicionadas a albergar la imagen de alguna Virgen o Santo Patrón de advocación popular, por lo que en los campos canarios, en los alrededores de ciudades, villas, pueblos y pagos perdidos entre valles, montañas y barrancos, en los días de la fiesta patronal correspondiente, los mayordomos o santeros que estaban al cargo de ellas, solían engalanarlas, recubriendo su suelo con diferentes flores de fragante aroma y hierbas olorosas tales el romero, el anís, el hinojo, etc. Y siempre solía haber asimismo, tanto en las vísperas como en el día de fiesta mayor, mucha quema de pólvora, rondallas de tocadores, ofrenda y remate de los frutos de la tierra o del mar, que pasaban por lo común a la mayordomía de la fundación correspondiente para contribuir con el producto de su venta al mantenimiento de la ermita en cuestión. Además, claro está, en el transcurso de las animadas romerías de lo emotivo de las funciones sacras adecuadas, seguidas siempre y por lo común con auténtico fervor.

Hoy en día muchas que aquellas numerosas ermitas canarias han ido desapareciendo, convertidas unas en simples ruinas abandonadas o utilizadas en distintos menesteres, inservibles para el culto y habiendo sido los principales agentes causantes de su destaralado estado tanto el inexorable paso del tiempo y los azotes e inclemencias atmosféricas, la lluvia, el sol y los vientos, como el abandono, el olvido y la incuria humanos. Otras han servido como basamentos para reconstrucciones transformándose en templos e iglesias parroquiales al crecer la población a su alrededor, acaso antaño tranquilo y solitario. Algunas pasaron con el tiempo a prestar otros servicios no religiosos o fueron absorbidas por las construcciones de nueva creación de núcleos urbanos y, en fin, unas cuantas, cada vez menos, todavía se alzan en algún paraje recóndito, aislado y atrayente como herencia inmutable del pasado; como estampas plásticas que embellecen y adornan el paisaje circundante.

Pero además, como bien ha dejado dicho ya el profesor Bethencourt Massieu, con respecto a Canarias, “el papel que juega la ermita no es sólo importante desde el punto de vista eclesiástico y pastoral, sino que al tiempo explica la existencia de una sociedad agraria instalada en un medio geográfico específico y adaptada a un sistema productivo”.



*Benito Joaquín de Salvago, último de la estirpe en Canarias. Primer Patrón de la ermita de Ntra. Sra. de La Asunción*

Como conclusión de estas generalidades sobre las ermitas canarias, añadir que, ya se ha dicho por autores autorizados que tales ermitas, tan abundantes en el archipiélago, son por lo común pequeñas naves de salón; por lo que, debido a su carácter más humilde responden a criterios populares y no suelen aparecer en ellas elementos de arquitectura culta.

Y una de las que aún subsisten en Gran Canaria es la ermita de Salvago, antigua, sencilla, bien conservada, que parece más bien un recolecto oratorio familiar y particular.

Situada en la hacienda de Salvago, en una rasa del terreno circundada de profusa vegetación, orientada la pequeña edificación más o menos de nordeste a suroeste, de planta rectangular, casi cuadrada, de una sola nave que medirá aproximadamente en su interior unos cinco metros de ancho por seis de largo sin contar la sacristía tras su cabecera, de más reducidas dimensiones y a la que se accede, tanto desde la puerta situada a la izquierda del altar por el interior como desde el exterior por otra más ancha en la parte lateral de naciente.

La típica fachada se ajusta perfectamente a uno de los extremos de la cubierta o tejado a dos aguas. Las paredes del recinto, de no mucha altura, son robustas, muy gruesas, de argamasa o mortero, tal como bien se puede percibir en la jambas del arco de medio punto de la puerta que se abre en la fachada. Y adosado a la fachada, a su izquierda, gallardo aunque de modesta traza se alza el campanario de airosa espadaña pétreo de un solo ojo con su correspondiente campanita de bronce y el que da la impresión de ser de posterior factura que el resto de la fábrica, que bien puede colegirse porque su cantería, con muy buen gusto puesta al descubierto alternando armoniosa con el resto de la blanca superficie encalada, es azulada; y, en cambio, la del marco semicircular de la puerta y de las cuatro esquinas es de cantería rosada. Acaso la una de las canteras fronteras de la zona de El Dragonal y la otra, arrancada en su día de las cercanías de la propia hacienda. Un sencillo elemento esférico de grisácea piedra adornada el vértice superior de la fachada. Una pila asimismo de piedra adosada a un lado de la puerta era la que ofrecía el

agua bendita del ritual a los romeros que allí acudían a oír dominguera misa en tiempos pretéritos.

La puerta de pesadas maderas, de doble hoja, aparece pintada de color verde con los herrajes de negro. Unos bajos asientos corridos o parapetos de piedra y cemento conforman por ambos lados el pequeño atrio embaldosado a través del que se accede a la ermita desde el amplio espacio rodeado de algunos árboles y profusa vegetación en el que antaño se desarrollaba la romería del día de La Asunción, afamada y todavía recordada en todo el contorno.

Una vez dentro del reducido espacio del interior de la ermita, a poco que uno deje volar la imaginación, se siente la impresión de que se ha retrocedido en el tiempo, de que allí se revive el pasado latente, perceptible y evocador y se contempla y examina todo lo que hay a la vista con entusiasmo y emoción.

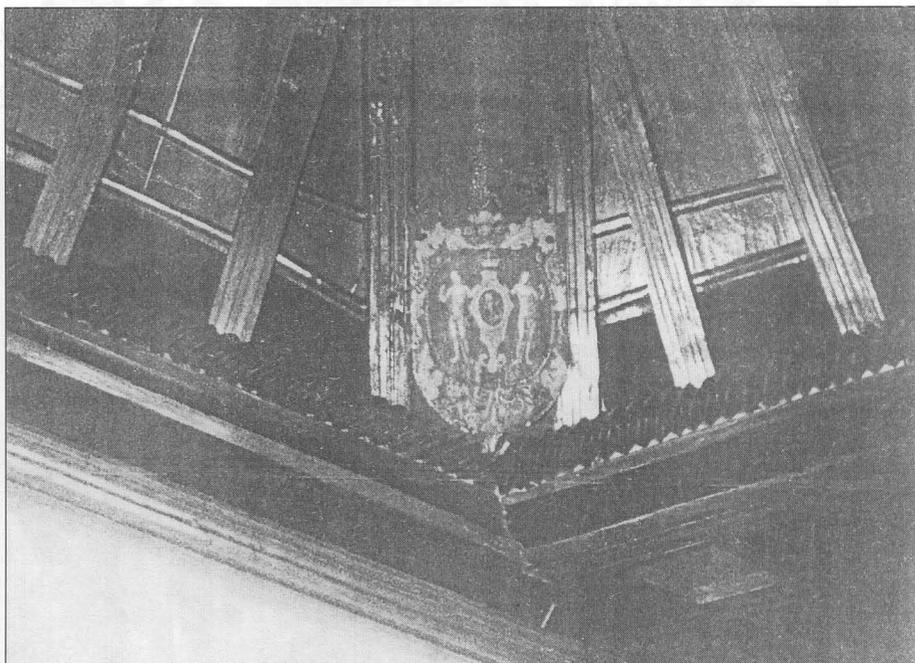
Las paredes, pulcramente encaladas, de superficie un tanto rugosa no son muy altas y se rematan en la urdidumbre de madera de tea toscamente labrada del techo de planta ochavada, artesonado, del tipo mudéjar característico en las ermitas canarias, denominado por los entendidos como de “par y nudillo”, conformado por el vigamen y tablones o piezas planas de madera unidas entre sí, en este caso sin ningún tipo de tallado o decoración, con tirantes dobles para su sustentación.

En el interior de este minúsculo santuario de Salvago se conservan en perfecto estado diversos objetos, casi todos relacionados con el culto aquí ejercido durante muchos años y que de forma más detallada se relacionan en un texto cuyo original se custodia en el Archivo Diocesano de Las Palmas.

Algunos de los que se ofrecen a la vista del visitante o romero, además de la imagen de Nuestra Señora de La Asunción y del retablo que la contiene y que merecen ambos capítulos aparte, son los siguientes:

Una reluciente bandeja de plata. Como de plata es el cuerno en forma de luna menguante, colocado al borde de la peana de madera que soporta a la imagen de la Virgen y se realiza sobre sus ricas y vistosas vestiduras. Varios búcaros muy atractivos conteniendo profusión de flores multicolores, en esta ocasión artificiales; flores que se suelen sustituir por las fragantes naturales recogidas en los parteres y matos olorosos de la hacienda cuando el día de la fiesta del 15 de agosto.

En un extremo del sobrio altar que recubren albos lienzos reposa la imagen chiquita de un Niño Jesús de desproporcionada figura, lo que, al decir de los entendidos es indicio de su mucha anti-



*Artesonado mudéjar de la ermita de Ntra. Sra. de La Asunción, con el emblema heráldico de los Salvago en una de sus esquinas*

güedad y que, según alguna referencia, en el pasado estuvo instalado dentro de una transparente urna. Otra imagen, también del Niño Jesús, pero en este caso yacente y más pequeña todavía que la anterior, con corona de plata sobredorada, permanece en otro rincón y es la que parece ser tuvo alguna vez entre sus manos, en el regazo, la Virgen ya indicada.

En unas repisas de reducido tamaño, de madera primorosamente labrada, situadas a ambos lados del retablo, en la pared frontal, se exponen sendas imágenes, de unos veinticinco o treinta centímetros de alto de Santa Rita y San Roque. Así como en otros lugares adyacentes las de un San José con el Niño y un Virgen de los Dolores con solio y puñal de plata. Y aún hay alguna otra como una de San Juan. Todas, esculturas muy toscas, sin mayor importancia al parecer.

Una lámpara votiva, de metal dorado. Unos cuadros de factura bastante ingenua, de San Juan Bautista y San Juan Evangelista respectivamente.

En dos de las esquinas donde se sustenta el artesonado del techo aparecen sendos escudos heráldicos, oblongos, de madera, en los que están pintadas las armas del linaje de los Salvago y las que pueden ser de los Manrique de Lara y alinzas.

Y, colgado de una de las paredes el retrato al óleo, muy interesante, del fundador del Patronato y Cofradía de Nuestra Señora de La Asunción de Salvago, el caballero Benito Joaquín de Salvago. En una pintura que es probablemente de principios del siglo XVIII, que representa la efigie de un hombre joven, con algún defecto de encuadre o desproporcionado en su realización pictórica, que es más perceptible en el trazo de los ojos, de

mirada no muy bien reflejada aunque se le puede suponer un tanto melancólica; de rostro atractivo adornado con barba y poblado bigote negros, como negro es el cabello recortado. Lo forzado de los pliegues del cuello de la camisola que viste y algún otro detalle similar denotan el pincel de un artista no experto en el retrato; al que, además, por la manera de solucionar el detalle de la cuencas de los ojos, la frente y el puente de la nariz sobre todo, se le adivina más como un tallista o escultor de imágenes que un retratista avezado.

El frontal de la mesa del altar, está todo el recubierto con una pieza, dicen de los propietarios de la ermita que muy antigua, de cuero de Córdoba o “cordobán” repujado en estilo muy original a base de dibujos que de alguna forma simulan como pétalos de flores o algo parecido, muy ornamentales y de gran belleza, en distinto y llamativo colorido que aún no se ha perdido. Ciertos comentarios sobre confusas noticias al respecto y no confirmadas todavía dicen que esta sugeridora pieza compuesta por trozos de cuero artísticamente unidos y repujados vino del México virreinal.

Y detrás del altar, con la hornacina ahuecada en la pared y que contiene y alberga a la venerada imagen de La Asunción, el tabernáculo o retablo de un solo cuerpo, tallado en cantería que pudo estar sobredorada antaño y actualmente es policromado, mejor aún, pintado casi todo él de color ocre oscuro simulando madera, supongo, retocado acaso una y otra vez con tonos más o menos suaves en los que impera el azul en la hornacina, denotando el conjunto así la vulgaridad del artesano que últimamente lo haya retocado.

**CARLOS PLATERO FERNÁNDEZ**